

Sustenta además el seráfico doctor que «mayor es en cuanto al efecto crear que transubstanciar, pero que en cuanto el Cuerpo de Cristo excede á toda criatura, el efecto de la transubstanciación excede á la creación de cualquier otra cosa. Finalmente prueba que la virtud de concebir á Jesucristo es más noble que la de transubstanciarle, ya en cuanto á la manifestación de la divina potencia, por la cual es alabada la Magestad infinita, ya en cuanto se considera comunicada á la bienaventurada Virgen María. Dice que mayor es ser Madre de Dios que *sacerdote*, respecto á la virtud de poder producir á Jesucristo, aun cuando por otra parte la Virgen María no pudo producir más que una sola vez á su Hijo, mientras que el sacerdote, lo produce cuantas veces quiere. Pero la excelsa dignidad de Madre de Dios no será mayor que la altísima del sacerdote, si se toma en cuenta que la Virgen María no puede perdonar los pecados, como los puede remitir el Ministro del Altísimo.



CAPÍTULO XXIX

Protestantes y deístas frente al Sacrificio de la Misa

Artículo I.—Filosóficamente, el sacrificio en general es necesario.

Corolario I. Para que un sacrificio sea verdadero es preciso que sea único en número.

Corolario II. El verdadero sacrificio sólo puede hallarse en la Iglesia Católica.

Artículo II.—La Misa es verdadero y propio sacrificio.

I. ¿En qué consiste el sacrificio en general?

II. División de Sacrificio.

Artículo III.—¿En qué consiste la esencia del Sacrificio de la Misa?

Artículo IV.—Valor del Sacrificio de la Misa.

Artículo I.—Filosóficamente el Sacrificio en general es necesario

Hay necesidades íntimas é imperiosas en el hombre que le arrastran á satisfacerlas, precisamente porque son absolutamente necesarias. El ser racional reconoce por Creador suyo á un Ser Supremo. Esto no lo negarán los deístas.

Todo reconocimiento toma por motivo fundamental alguna fineza dispensada por aquél á quien se reconoce; y envuelve, por consecuencia, el principio de las acciones de gracias. He ahí por qué el hombre, al advertir que ha recibido de Dios ese magnífico ser que jamás concluye de examinar sin acabar nunca de comprender; y al considerar que le gobierna no un acaso, antes bien la eterna Providencia que se desvela por cuidarle, siente interiormente un fuerte

impulso de reconocimiento hacia Dios, lo cual no es otra cosa que los estímulos imperiosos de un necesario agradecimiento. Además; el hombre delinque, y conoce muchas veces que comete considerables errores y graves faltas; su conciencia, es decir, su conocimiento natural comienza por temer, prosigue con extremecerse y concluye por solicitar el perdón de Aquél contra quien supone ha pecado. Reconozcamos por lo tanto aquí dos imperiosas necesidades en el hombre, originadas de su misma constitución esencial.

Por otra parte; si Dios no tiene necesidad del hombre, porque es infinitamente rico y magnífico, empero sus obras *ad extra*, su creación, obra predilecta suya en que se exterioriza la divinidad, exige indispensablemente que se reconozca á su Autor, y este Ser, aunque como he dicho, no le falta nada para ser más feliz de lo que es, exige que se le tribute una manifestación peculiar en la que se denote que Él solo es el Autor de lo creado, un culto, pues no otra cosa es semejante manifestación, en el que la criatura se humille y ensalce á su Creador.

Además; ese mismo Ser Supremo, de quien la criatura depende, como es inmensamente rico, quiere otorgar bienes cuantiosos á sus criaturas, pero espera que éstas los pidan como un necesitado á su señor, como un hijo á un padre; y he ahí otras dos, si no necesidades, al menos exigencias de parte de Dios y que por parte de la criatura se convierten en necesarias.

Si, pues, es menester satisfacer estas cuatro necesidades íntimas, á saber: agradecer á Dios los beneficios, pedirle perdón de las propias ofensas, darle culto como á Ser supremo y solicitar su auxilio y las gracias convenientes, es preciso también buscar un medio que en sí mismo reúna la facultad de poder dar cumplimiento á dichas exigencias; es indispensable que á más de poder satisfacerlas, sea el único en su género, á fin de que la obra resulte siempre perfecta. Semejante propiedad sólo la posee el sacrificio de una víctima pura y agradable. La idea de este poderoso medio, está encarnada en el corazón del hombre, en el sen-

tido íntimo de los pueblos; ella es connatural á la racional criatura, desde el momento en que este mismo ser discurre de su origen y de su naturaleza; le es propia, y sólo una alma obcecada ó embrutecida puede ignorarla. En suma, le es tan conforme, que Dios, Autor de la criatura racional, la infundió en el alma humana juntamente con esta misma alma, precisamente porque debía tener necesidad de practicar lo significado por ella, y principalmente para darle á entender que su Creador le exigía dicha práctica. Concluyamos, pues, en que el sacrificio es filosófica ó naturalmente necesario.

COROLARIO I. *Mas para ser verdadero sacrificio es preciso que sólo sea único en número.*—Es verdad que el hombre no ha creado el sacrificio; es cierto que no ha podido inventarlo, y por esta misma razón, el sacrificio para ser tal debe ser único en su clase, porque uno solo es su Autor y único á quien en conciencia debe ser ofrecido.

La práctica de este solo y puro sacrificio la reveló Dios á nuestros primeros padres; éstos lo pusieron por obra, lo enseñaron á sus hijos; mas después, los hombres se corrompieron, embotaron sus facultades, se dispersaron por el globo y la observancia de aquel solo y puro sacrificio se corrompió también, quedando la legítima tradición en un puñado de fieles que no olvidaron á Dios, ni despreciaron á los profetas, pregoneros de los mandatos del Altísimo. En esta casi radical transformación de la práctica del sacrificio, en esta revolución de ideas y de enseñanzas en que cada pueblo abundaba de día en día, hoy el hombre investigador observa dos hechos muy solemnes; primero, que todos estos pueblos, como demostraremos más adelante, conservaban la idea de un sacrificio real, puesto que no podían hacer una vida llevadera sin sacrificar á sus ídolos forjados, y esto aun lo conservan hoy día todos los idólatras y gentiles; y segundo, que es más de admirar todavía: entre tanta diversidad de sacrificios todos éstos convergen á demostrar que existe uno solo, pues todos tomaron algo del primitivo; en todos se ve algún rastro del que fué legado

por Dios á nuestros primeros padres. Y esto no puede menos de ser así, porque si todos los pueblos bárbaros no hubiesen tomado, no sólo la idea, sino alguna parte del sacrificio primitivo, habría algunas gentes que ni sacrificarían á sus dioses ni tendrían idea de este sacrificio, ó al menos la idea del sacrificio que ellos pudieran imaginarse no tendría ningún punto de contacto con el antiguo. De todo lo cual, obtenemos en consecuencia el corolario que hemos sentado, y es que el sacrificio para ser verdadero, ó sea, para ser ofrecido al verdadero Dios, debe ser único en número.

COROLARIO II. *Pero este verdadero sacrificio sólo puede encontrarse en el seno de la Iglesia Católica.*—Habiendo patentizado que sólo un puñado de hombres fieles conservaron las tradiciones primitivas, respecto al sacrificio y, probado que sólo el pueblo de Israel, á quien el verdadero Dios habló mediante sus profetas, guardó intacto el código del Pentateuco, en el que se halla declarada la esencia, el modo y la forma del sacrificio legítimo, no nos quedaría á nosotros otro deber, para probar el presente corolario, que demostrar que la Iglesia Católica fué la legítima heredera de las tradiciones israelíticas, y que el mismo Dios que mandó en otro tiempo observar los sacrificios mosaicos, prescribió, al dar al mundo una ley más perfecta, un sacrificio también más perfecto, el cual sólo se halla en la Iglesia Católica, única Religión que Cristo fundara.

Mas esto no nos es necesario. Demasiado probadas se hallan estas dos tesis de fe, no ya por las profecías cumplidas y los milagros consumados sólo en el seno de esta Iglesia, sino demostradas extensamente y hasta la evidencia con razones filosóficas y teológicas por los apologistas de la Religión. Mas insisto en que el verdadero y único sacrificio se encuentra únicamente en la Iglesia Católica, por dos sólidas razones fundadas en la observación. Hemos visto que no existe pueblo alguno, que, como decía Cicerón, no ofrezca un sacrificio á la divinidad; luego todo el mundo está

conforme con una práctica uniforme, pensamiento que revela el dogma primitivo del sacrificio; pero también hemos manifestado que cada pueblo infiel ó pagano ha ido amoldando el modo de sacrificar, á sus costumbres más ó menos salvajes ó bárbaras, lo cual prueba que todos ellos se encuentran fuera de la verdadera práctica del sacrificio, luego por precisión debe haber un pueblo que posea dicha legítima costumbre, puesto que hubo gentes que no se separaron de las antiguas tradiciones: ahora bien, la Iglesia Católica ha sustituido en herencia á aquellas fieles gentes; luego, por esta parte, sólo la Iglesia Católica posee el verdadero sacrificio. He aquí la primera razón.

Empero es cierto que de la Iglesia Católica han salido hombres que pretendieron alterar, quitar, borrar el dogma del sacrificio; éstos han demostrado su intento con razones á su parecer fuertes, han logrado un sinnúmero de prosélitos, perseveran tenazmente siglos enteros en su ridícula idea; pregunto: ¿habrá errado la Iglesia? ¿habrá estado ilusa por mucho tiempo? ¿habrán aquéllos por ventura, en sus modificaciones y alteraciones de un dogma tan divino y esencial, acertado en la verdadera esencia del sacrificio? Veámoslo.

Si se trata de las antiguas herejías en las que sus fautores osaron modificar y alterar sólo el dogma del sacrificio para formar uno á su antojo, todos ellos intentaron suprimir parte del dogma eucarístico del sacrificio; pero el dogma, aunque consta de partes, es como el alma que no se la puede arrancar una sola potencia, una sola facultad, sin destruirla por completo; y esto mismo sucedió á semejantes herejes, de suerte que ciertamente vinieron á carecer de dogma y sacrificio; mas no: ellos insistían en que poseían el sacrificio eucarístico, lo cual, si por un imposible pudiera concederse, entonces quien conservaba dicho dogma en toda su pureza era la Iglesia Católica, que lo guardaba sin alteración alguna: luego por un lado y otro quedaban los herejes sin verdadero sacrificio.

Vengamos ahora á los novadores que procuraron abolir

el dogma eucarístico del Sacrificio. ¿Qué no hicieron Lutero y sus discípulos por suprimir la santa Misa? Aquél, á quien el mismo diablo convenció de que pára lograr su triste conato respecto al dogma de la transubstanciación, no tenía más que despreciar y anular la Misa, precisamente porque la esencia de ésta consiste en la consagración del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Lutero, hombre orgulloso, aunque indeciso en sus resoluciones, intenta derogar la Santa Misa y comienza por desterrar de ésta la elevación de las Especies consagradas. Melancton, su más querido discípulo, cree que la promesa de la presencia de Cristo en las Especies es dirigida no al pan sino al hombre, de ahí que afirme que Cristo esté presente en el pan sólo con el uso y por lo tanto que deba desterrarse la Misa. Bucero defiende que Jesucristo está presente en la Eucaristía sólo por la fe, por cuyo motivo se alzaba también contra la Misa; mas, ¡cosa admirable! Unos tristes hombres, que convenían en derogar el sacrificio de la Misa y con ésta abolir el bello dogma de la transubstanciación, no se avenían en los medios: semejantes á los revolucionarios de la Commune que pedían el destronamiento de Luis XVI y ninguno convenía en los medios, por querer cada cual erigirse en jefe del partido rebelde: así los novadores del siglo XVI odiaban la Misa, pero no podían conformarse para acabar de extinguirla. Lutero disgusta á sus discípulos al pretender de nuevo el uso de la elevación de la Hostia y el Cáliz. Melancton fastidia á Lutero, porque se niega á subscribir la sentencia de éste. Bucero disgusta á ambos y él mismo se entristece y llena de rabioso coraje merced á la ruda oposición que le hacen sus amigos en la Reforma. Mas después de tantas disputas, riñas mortales y vaivenes de cabeza, lograron complacer al mal espíritu que les había alentado á desterrar la Santa Misa. En aquel mismo momento quedaron reducidas á cero las creencias, las fiestas y el culto de los protestantes, no subsistiendo más que la representación de una triste comedia. Todo lo que ahora se practica en sus templos respecto al servicio divino del domingo, se reduce á cantar unos sal-

mos durante los cuales el corazón se halla insensible, á leer sendos capítulos de la Biblia, que interpreta cada cual á su antojo, y á la prédica ó sermón del pastor, en la que nadie cree, incluso el mismo ministro. Faltó la Sta. Misa, faltó el solemne Sacrificio en el que se inmola á Cristo Dios, faltó ese acto divino, base, apoyo y lustre de la Religión y feneció todo. Los protestantes, al abolir el Sacrificio, minaron sus dogmas; al no tener inmolación, suprimieron el sacerdocio; al no poseer á Cristo Sacramentado, sus iglesias se convirtieron en sinagogas, en mezquitas, en templos paganos. Por eso los protestantes no creen en nada, pues no tienen dogmas; por eso carecen de sacerdotes, pues sus ministros son sólo de nombre, sin carácter ni dignidad, á quienes el mismo pueblo desprecia; por eso en sus templos no hay más que sombras, nada de realidad; por eso finalmente, no tienen fiestas religiosas, que así puedan llamarse pues no hay objeto para qué solemnizarlas; ni hay entusiasmo religioso, porque no hay fondo en la secta; ni brilla la fe, ni la caridad, ni virtud alguna que haga al hombre noble y desinteresado; en su lugar no hay más que funciones teatrales, pero frías; seglares con roquetes, protestantes paganos, sin jota de religión; todo porque faltó la base: el Sacrificio de la Misa. Mas resumamos. Los novadores al intentar abolir este Santo sacrificio con tanta suerte de variaciones, lo que hicieron fué consolidar la gran fe de la Iglesia Católica respecto á este dogma. La Iglesia no había errado, porque no había variado. Luego ni los novadores ni ningún hereje nos pueden decir una palabra del verdadero sacrificio; sólo la Iglesia Católica puede enseñar á los hombres la fe y la práctica eucarística.

Artículo II.—La Misa es verdadero y propio sacrificio

Prevengo que este asunto será desarrollado en este lugar sólo con razones filosófico-teológicas, porque respecto á las autoridades que le corroboran las hemos aducido ya anteriormente y fijaremos algunas más adelante. Antes,

pues, de demostrar la proposición que sirve de tesis, explicaré para mayor luz de la cuestión:

I. *En qué consiste el sacrificio en general.*—Se puede tomar este vocablo en dos acepciones. Latamente significa cualquier acto que hagamos por amor de Dios, ó por nuestros prójimos; mas en sentido estricto es una oblación externa de una cosa sensible, instituída legítimamente y ofrecida solamente á Dios por legítimo ministro, teniendo que haber inmutación real en la hostia, para denotar el supremo dominio de Dios sobre nosotros y nuestra sujeción á Él. Por esta completa definición, observamos que el sacrificio, tomado en sentido riguroso, es una oblación, una ofrenda de una cosa buena y agradable, que no ha de ser interna sino absolutamente externa, á fin de que se vea que la ofrecemos como si la entregásemos materialmente á Dios. Semejante ofrenda no ha de ser cualquiera cosa sensible y externa sino que ha de estar especificada y prescrita por Dios, pues de otro modo, dudaríamos si le podríamos agradar.

Además, la oblación se ha de ofrecer solamente al Eterno, porque el sacrificio es un acto de *latría* que sólo conviene al Altísimo, y precisamente ha de ser ofrecido por un ministro apto y con carácter para desempeñar tal ministerio, pues es cierto que Dios no quiere recibir sacrificios externos y oficiales, por decirlo así, sino de sujetos llamados por Él al ministerio sacerdotal y como tales, ordenados canónicamente. Últimamente en la oblación referida, la hostia que se ofrece ha de ser inmutada, esto es: destruída, con el fin de manifestar que Dios es el absoluto dueño de todas las cosas, pues nosotros destruimos ó gastamos una de ellas á su honor.

II. *División del sacrificio.*—En general existen cuatro clases de sacrificios legítimos: 1.º El ceremonial ó de la ley mosaica: 2.º El de la Cruz: 3.º El espiritual ó interno, y 4.º El incruento de la Misa.

En el de la ley mosaica se quemaban *víctimas*, como becerros, ovejas, etc.; se consumían *inmolaciones* de objetos inanimados, pero sólidos, como pan, queso, etc.; se derrama-

ban *libamientos*, de cosas líquidas, como vino, aceite, etc. Además, en el sacrificio del viejo testamento eran varias las maneras de ofrecer las cosas. Existía el *holocausto*, en el cual se quemaba toda la ofrenda; *la hostia por el pecado* en el que la oblación era distribuída, la mitad para ser quemada y la restante para el sacrificante, y la *hostia pacífica* que se dividía como la anterior, sólo que la segunda mitad era destinada, bien para los sacerdotes, bien para los oferentes.

Respecto á su fin, el sacrificio puede ser *latréutico*, si es ofrecido á Dios únicamente; *eucarístico*, si es presentado al mismo Ser en acción de gracias por los beneficios recibidos; *impetratorio*, si con el fin de solicitar sus mercedes y *propiciatorio*, si se ofrece para la remisión de los pecados. Esto supuesto, pasemos á estudiar que la Santa Misa es verdadero y propio sacrificio.

No digamos una palabra siquiera de las profecías que vaticinan este santo sacrificio de la Misa, ni mentemos una sola expresión de las palabras de Jesucristo y del Apóstol que le autorizan, ni menos hagamos cuenta de los santos padres, de los doctores, de las liturgias, de los milagros, de la tradición en una palabra, porque de todas estas pruebas, unas quedaron consideradas ya y otras serán observadas más adelante. Fijemos sólo nuestra atención en que el sacrificio de la Misa reúne todas las condiciones del perfecto sacrificio y desbaratemos luego las dificultades que oponen los herejes.

Hemos dicho, en primer lugar, que por razón del fin, el sacrificio puede ser *latréutico*. La santa Misa consiste en la consagración del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo; este Cuerpo y esta Sangre son presentados á Dios en atención á que Él solo es el supremo Creador, el Señor de todo lo existente y particularmente el Dueño de la vida y de la muerte, no ya de todas las puras criaturas racionales, sino de la del mismo Jesucristo, Unigénito Hijo de Dios Padre. Por manera, que todo un Dios Hijo se ofrece á un Dios Padre y, postrándose ante su presencia, le confiesa Autor y Señor de todas las cosas; á esto se añade, que la universal